

Fray Servando en Madrid: crónica de un romántico destierro

El gran escritor barroco Lezana Lima centraba su atención en la figura de fray Servando Teresa de Mier, trazando una lucida semblanza del mexicano, que aunaba vida y obra, hasta situarla en la justa perspectiva: utópica aventura que se hace realidad cuando «al final realiza un hecho, toca la isla afortunada de la independencia de su país»¹.

Lezama ve en la conducta del fraile dominico una «prueba del ejercicio de su libertad», marcado por el signo trágico de la identidad americana:

«Fray Servando al pintar la imagen guadalupana en el manto de Santo Tomás, de acuerdo con la legendaria predica de los evangelios que éste había hecho, desvalorizaba la influencia española sobre el indio por medio del espíritu evangélico. Había una tácita protesta antihispánica en su colonización, y el arzobispo, oliscón de la gravedad de la hereje interpretación, le salía al paso, lo enrejaba y lo vigilaba, sabiendo el peligro de aquella predica y sus intenciones, Fray Servando, bajo apariencia teologal, sentía como americano, y en paso del señor barroco al desterrado romántico, se veía obligado a desplazarse por el primer escenario del americano en rebeldía, España, Francia, Inglaterra e Italia»².

Pero, después de tanto deambular, siempre perseguido, todavía el intrépido Mier acometió la tarea de legar su aciago destino a la posteridad, momento en que el hombre, fray Sevando, y su patria, México, tocaban ya el ansiado paisaje de la libertad.

El 14 de agosto de 1817, Servando Teresa de Mier entra en los calabozos de la Inquisición en México, «las cavernas de los cíclopes de puños azules» —como

1. Cito por J. Lezana Lima: *La expresión americana*, Madrid, 1969, p. 97.

2. *Ibidem*, p. 90.

diría el autor—. A pesar de sus numerosos encierros, todavía conservaba la actitud combativa, la audacia y la tenacidad que caracterizarían su vida y su escritura.

Prueba de ello es el soneto que mandó Mier a los inquisidores:

Pero Adán comió fruta vedada:
mató Caín a su hermano; Dios sabía
la excusa que uno y otro le daría
cuán ridícula, fútil e infundada,
y con todo hasta oírlos no hizo nada.
Mi juez no sabe lo que yo diría,
y sin hacerme aún cargos hasta el día,
llevo un año de cárcel bien pesada.
¿Qué hacer? Estilos ni razón de Estado
no podrán salvaros en el día del juicio:
lo que al ejemplo de Dios no va arreglado,
será allí condenado como vicio,
o sea el Santo Dios aquí imitado
o dejad de llamaros Santo Oficio³.

Este tipo de ejercicio literario es una práctica constante en la obra de Mier, donde la narración es interrumpida para dar paso a composiciones satíricas que encierran una actitud osada, de desafío, frente a sus perseguidores y carceleros, y, al mismo tiempo, sintetizan una circunstancia biográfica. Pueden aducirse otros ejemplos: las decimas contra la Orden, a la que pertenecía, escritas en la celda de las Caldas antes de su fuga, o las décimas que escribió en el reformatorio de los Toribios de Sevilla.

A pesar de que la Inquisición mexicana, en los años en que estuvo encarcelado Fray Servando era ya una institución que vivía su ocaso, Mier fue retenido en sus calabozos durante tres años.

Esta permanencia en la cárcel fue una etapa reflexiva y fecunda, pues allí escribió su «vida». En ese relato constituido por dos piezas (*Apología y Relación*), Mier nos ofrece el testimonio de su vida (1794—1805) y también el de su época, ya que el destierro del fraile dominico le propició la asimilación del pensamiento ilustrado, su criticismo y sus modelos de escritura.

Mier había hecho acopio de lecturas de libros prohibidos, muchos de ellos le fueron requisados y quedaron en poder de los inquisidores, pero su gran memoria y sus propios apuntes sirvieron para componer, en la prisión, uno de los libros más amenos e interesantes de la literatura hispanoamericana de la Independencia.

3. Cito por fray Servando Teresa de Mier: *Memorias*, México, Ed. Porrúa, 1982, vol. II, p. 271.

La *Apología* refleja la figura del predicador que trata de convencer a los lectores, venciendo a sus adversarios con la utilización del método silogístico —argumentativo, aprendido en la *Summa contra gentiles* de Santo Tomás; la *Relación* nos muestra la imagen del escritor que maneja su pluma con la libertad del ensayista que se aplica a la crítica de las costumbres, un quehacer compartido con otros escritores y pensadores políticos, como Fiejoó en su *Teatro crítico*, Montesquieu en sus *Lettre persannes* y Voltaire.

El forzado exilio del religioso mexicano le hizo vivir la experiencia de muchos intelectuales ilustrados que viajaron en su propio país para catalogar sus monumentos, inventariar sus tesoros artísticos, conocer su geografía y su historia, etc., como en el caso de los viajeros ilustrados españoles; otros fueron observadores curiosos de las costumbres extranjeras que, siguiendo la preceptiva de Rousseau, trataron de conocer los pueblos e instruirse.

El diario, la crónica, la viñeta histórica o la carta fueron moldes genéricos que conformaron el testimonio de este caudal de experiencias. En los itinerarios de muchos escritores del siglo XVIII y XIX no se ofrecía el simple testimonio histórico, científico o sociológico desde una perspectiva de distanciamiento, pues el viajero se integraba en la empresa como protagonista de la aventura, y serían sus propias acciones y juicios aportes esenciales de la narración. Hecho determinado, a veces, por el afán de autocontemplarse como protagonistas de lo insólito y por la finalidad educativa en la que se intentaba mostrar la propia experiencia. En consecuencia, los itinerarios llegaron a ser fragmentos biográficos que tenían en su origen móviles apologéticos o testimoniales. Lo que dio como resultado que pudieran integrarse en narraciones autobiográficas (Rousseau, Chateaubriand, Stendhal).

Fray Servando tuvo la oportunidad de viajar por Europa y adquirir así la condición de visitante extranjero, de observador que se enfrenta a la realidad con «ojos racionales». Porque el perspectivismo de Mier radica en su formación ilustrada, encauzando su actividad criticista en los itinerarios que constituyen su *Relación*.

En el texto de Mier se fusionan el relato biográfico y la memoria de viaje, afectando a la distribución de la materia, de tal forma que el viaje por España queda fragmentado en dos bloques de noticias integradas en espacios cronológicos e itinerios diferentes. El género autobiográfico impone, además, otras deformaciones a la retórica narrativa: la distancia con que se mira el pasado hace nacer en el autobiógrafo sentimientos nostálgicos o actitudes irónicas que van modelando al nuevo personaje; la peripecia vital sirve con frecuencia para desarrollar el humor que emana del tono indulgente que envuelve los recuerdos.

Pero otras motivaciones actúan en el inquieto dominico: condenado al

destierro, hubo de enfrentarse a los que injustamente le perseguían; luchando por la independencia de su patria, quiso persuadir a sus lectores de la corrupción e ineficacia de las instituciones españolas, y el absolutismo de su anacrónico sistema político. Todo ello determinó, en su visión de España, su inclemencia, su ingenioso descaro y en ocasiones la despiadada burla.

La primera estancia madrileña se organiza como proceso conformador de la circunstancia biográfica, en el que sigue el orden de los sucesos («Desde que se puso la Real Orden de que el Consejo de Indias me oyese en justicia, hasta que se me pasaron los autos para que contestase; Desde que los autos pasaron a mi poder hasta el éxito de la empresa»).

La capital española es el núcleo de este recorrido, al que se enfrenta el autor encauzando su criticismo dentro del tópico «menosprecio de Corte», de manera que los objetos hacia los que el observador dirige su atención están seleccionados en función de este presupuesto. La perspectiva ilustrada impone la crítica de vicios sociales que se centran, en este caso, en los que ostentan el poder; las instituciones de gobierno, el rey, la nobleza y el clero. Sin embargo, el objetivo no queda sólo en la denuncia o en la propuesta modélica al modo ilustrado, pues lo pretendido, en última instancia, es llevar este mensaje aleccionador a una colectividad en la que el escritor se integra como víctima. La pregunta sería: ¿para quién escribe Mier?

«Como entonces fue cuando yo abrí los ojos pra conocer la práctica de nuestro gobierno y el remedio de los americanos en las dos vías, reservada y del Consejo de Indias, para sus recursos e impetraciones, será bien que yo se los abra a mis paisanos, para que se fien absolutamente en que tienen justicia, cosa valedera si media gran favor o mucho dinero, y procuren acá transigir sus pleitos como puedan, aunque sea a mafa composición... allá no se trata de conciencia, sino de dinero y de política, que en la inteligencia y práctica de las cortes es precisamente lo inverso a lo moral. Con esta noticia se entenderá mejor lo perteneciente a mí»⁴.

Este *exordio*, en forma de aviso, se concentrará con el desarrollo de la peripecia biográfica: una problemática del yo que se abarca su propio contexto histórico, es decir, el retrato de su época.

En el relato, marcado por el deseo de convencer, fray Servando va ofreciendo su testimonio utilizando anécdotas ilustrativas que se cargan de matices humorísticos. Para mostrar los desatinos reales Mier cuenta tres anécdotas:

«Es célebre (la orden) que fue a la isla de Santo Domingo para poner preso al comején (bicho) por haber destruido los autos que pedía S.M. Otra se envió a La Habana para que saliera la caballería a desalojar a los ingleses que estaban apostados en la sonda

4. *Ibidem*, vol. I, p. 243.

de Campeche, esto es, para que saliera la caballería de una isla a echar a los ingleses de en medio del seno mexicano. A un comandante de Marina que habiéndole mandado salir luego de un puerto de España con pliegos para otro, respondió para mostrar su obediencia, que se había puesto en franquía, es decir, había soltado los cables o levantando anclas para salir al primer viento, le fue una represión de S.M. por haberse puesto en el puerto de Franquía, que no era donde se le mandaba»⁵.

Con el fin de poner de manifiesto la venalidad y la corrupción, Mier se centra en la figura del covachuelo, verdadero ejecutor de las órdenes reales, y cuyos poderes residen en un gobierno despótico:

«Llámanse covachuelos, porque las secretarías donde asisten están en los bajos o cavachas del Palacio. Y cada uno tiene el negociado de una provincia o reino, así de España como de las Indias... A estos empleos se va, como a todos los de la Monarquía, por dinero, mujeres, parentesco, recomendación o intrigas»⁶.

La solución ofrecida conlleva la propuesta definidora de un modélico sistema político:

«Si fueran reponsables a la nación, como en Inglaterra, donde el Parlamento les obliga a dar cuenta de todo, y los juzga y castiga, tendrían más cuidado y no estaría la nación abandonada a discrección de unos pícaros. Nuestros ministros, a quienes todas les hablan, que no se acuerdan ni de la madre que los parió, tienen todo su afán y ocupación en vigilar y resistir a la cábala que siempre hay que derribarlos, y en obsequiar, cortejar y servir a todas las personas cercanas al rey, con valimiento en el Palacio para que les ayuden a sostenerse»⁷.

Otro de los vicios que llaman la tención del mexicano es la degradada situación del clero, donde las jerarquías de la iglesia viven a espensas de la simonía institucionalizada:

«No está mejor la Cámara compuesta de miembros de ambas salas de gobierno, covachuelos y togados. Todo se vende allí: mitras y canonjías... Uno de éstos decía en su testamento que en la gaveta tal se hallarían 40.000 pesos que dio el obispo tal por la mitra, los cuales eran para su hijo el mayor»⁸.

La crítica se ejerce también de manera directa, apelando a personas concretas, incluido el propio rey:

«Carlos IV estaba siempre, según las estaciones en los sitios reales de Aranjuez y el Escorial distantes unas siete leguas de Madrid, o en la Granja, distante catorce, y sólo dos temporaditas en Madrid, donde casi nada se despacha... y se ve a las concubinas

5. *Ibidem*, p. 247.

6. *Ibidem*, p. 244.

7. *Ibidem*, p. 250.

8. *Ibidem*, p. 253.

viajar cortejadas de la Corte a los Sitios. En tiempo de Godoy, los Sitios y la Corte eran un lupanar... León era un pícaro... Fue, pues, llamado al lado de Caballero, a quien se parecía en lo ignorante, maléfico y tropellón»⁹.

Pero los grandes protagonistas de la intriga cortesana serán para Mier los agentes de Indias:

«Estos en general son unos haraganes sin oficio ni beneficio, que viven a costa de los indianos o americanos... Un buen agente sabe de memoria la gaceta secreta y escandalosa de la Corte; lleva el registro de las pasiones y los vicios de los que maniobran en ella; conoce y trata las concubinas de los covachuelos o consejeros, y de las gentes en valimiento o plaza; no ignora sus deudas, sus acreedores, sus amigos, sus parientes, las necesidades de todos... quién es, en fin, el que vende»¹⁰.

Todo este discurso analítico, con datos precisos, se completa con juicios de carácter general emitidos en tono sentencioso:

«Mientras no se organice de otra manera el Gobierno, la injusticia prevalecerá, porque un hombre solo no puede hacer justicia a millones de hombres. Y la Corte siempre es y será el foco de las pasiones, el teatro de las intrigas y la reunión de los malévolo»¹¹.

La segunda estancia madrileña está ya estructurada como un perfecto itinerario («Desde mi arribo a Barcelona hasta mi llegada a Madrid; De lo que me sucedió en Madrid hasta que escapé de España a Protugal para salvar mi vida»). En esta estapa Mier deslinda la autobiografía de la crónica del viaje separando sus noticias en dos capítulos diferentes. Es evidente que el narrador va tomando conciencia de la importancia de su labor de cronista, pero también debemos considerar la vigencia de este modelo de texto y su aceptación por los lectores.

Mier se acerca a la capital española habiendo conocido ya otros países europeos, y llevando consigo los prejuicios de su situación personal a lo que se sumaba su propia ideología política: el racionalismo ilustrado le había proporcionado un paradigma válido para enjuiciar la realidad (criticar las costumbres) y para elaborar un orden social y político. Estos parámetros subyacen a la visión de la vida de Madrid que fray Servando nos ofrece.

La visita aparece figurada como recorrido actualizado, lo que da lugar a suponer que Mier se apoyaba en un diario («Nos vamos acercando a Madrid») o que quisiera enfatizar su relato, ya que en este recuento el narrador no ahorra esfuerzo para evidenciar el atraso, satirizar los tipos, costumbres y las institucio-

9. *Ibidem*, p. 254.

10. *Ibidem*, p. 255.

11. *Ibidem*, p. 255.

nes que encuentra a su paso, recurriendo a la comparación como esquema organizador de los datos y a los tópicos que favorecían su perspectiva:

«y como en otros países se anuncia la cercanía de la capital por quintas, casa de recreo o lugarcitos más pulidos, a Madrid por todas partes rodean lugarejos infelices en ruinas, todos de tierra, y de la gente más miserable... La primera vez que yo entré fue por la puerta de Fuencarral, y como en otras ciudades se divisan columnas de mármol, yo vi dos muy elevadas, y pregunté qué era. Estiércol para hacer el pan. Sacaba la cabeza del coche, y en todas las esquinas leía a pares carteles impresos con letras garrafales que decían: “D. Gregorio Seneses y D. qué sé yo, hacen bragueros para uno y otro sexo”. Me figuré que aquel era un pueblo de potrosos, y no lo es sino de una raza degenerada, que hombres y mujeres hijos de Madrid parecen enanos... En general se dice de los hijos de Madrid que son cabezones, chiquititos, culoncitos, fundadores de rosarios y herederos de presidios. Y luego la marca al cuello del Hospital de San Antón Martín, que es del gálico, porque éste se anuncia en Madrid por los pescuezos»¹².

Otro recurso que emplea el narrador es la escenificación de los hábitos:

«Casi el día que llegué vi por la calle de Atocha una procesión, y preguntando qué era, me dijeron que era la Virgen p... Y es que como la imagen es hermosa, la asomaba por entre rejas una alcahueta para atraer parroquianos»¹³.

El observador se desplaza por toda la ciudad, deteniéndose en lugares que acentúan el carácter degradado del pueblo y sus bárbaros gestos:

«En los barrios se vive como en un lugar de aldea. Los hombres están afeitándose en medio de la calle y las mujeres cosiendo. El barrio más poblado es el de Avapiés. Y cuando hay fandango de manolos en los barrios, el de Avapiés es el bastonero. Esta preferencia la ganaron en una batalla de pedradas que se dieron montados en burro. Los reyes mismos tienen miedo de ir por allí, y pasando un día la reina en coche por junto al río Manzanares, donde lava el mujerío manolo, la trataron de pu... porque estaba el pan caro. La reina echó a correr...»¹⁴.

Los tipos femeninos y sus hábitos son un tema constante en las crónicas, utilizadas como vía para desarrollar la crítica social:

«En ninguna parte de Europa tienen el empeño que las españolas por presentar a la vista los pechos, y las he llegado aver en Madrid en el paseo público con ellos totalmente de fuera, y con anillos de oro en los pezones. Lo mismo que en los dedos de los pies, enteramente desnudos, como todo el brazo desde el hombro... En el mismo sitio Real es donde se ven las mayores visiones. Las mujeres vestidas de diosas y sacerdotizas, o con un vestido tan ligero que se les señalan las más menudas partes de su cuerpo. A las oraciones de la noche se apoderan de la Puerta del Sol... y de todas las calles contiguas una infinidad de muchachas prostituidas, muy bien puestas, con sus basquiñas y mantillas blancas... Hecho el ajuste se despacha en los zaguanes y escaleras, y cuando yo entraba en mi casa por la noche no hallaba donde pisar, por

12. *Ibidem*, vol. II, pp. 159-60.

13. *Ibidem*, p. 160.

14. *Ibidem*, p. 161.

los diptongos que había en los descansos... Suceden con esto mil chascos, porque los zaguanes de Madrid son las secretas y los meaderos públicos...»¹⁵.

La Corte y la nobleza no podían escapar a esta nueva visita de un crítico poco indulgente:

«Pero la mayor corrupción de ellas y los que privan de su flor a las jovencitas que vienen a Madrid buscando servicio, son los Grandes de España. ¿Qué son éstos? Los más pequeños hombres de la nación por su ignorancia y por sus vicios... Las mujeres de los Grandes suelen ser en su género tan corrompidas como sus maridos, y en mi tiempo *reginae ad exemplum*; toda la Corte y el Sitio eran un lupanar»¹⁶.

La realidad urbana es completada desde una perspectiva irónica y humorística que culmina con la anécdota burlesca:

«Hablando de lo que es la villa de Madrid, ya se supone el desorden, angostura, enredijo y tortuosidad de calles, sin banqueta ninguna, ni la hay en parte alguna de España... El pavimento es de pedernal, piedritas azules, puntiagudas y paradas que estropean los pies. Las casas de palos y piedras, sin igualdad ni correspondencia, todas feas y en aspecto de ruinas por las tejas y las guardillas... De los balcones se arrojaban los bacines a la calle diciendo: “Agua va”, como todavía se hace en Portugal. Carlos III se empeñó en quitar la porquería de la calle, y los madrileños se resistieron, diciendo el protomedicato que por ser el aire muy delgado convenía impregnarlo con el vapor de la porquería. Carlos III decía por eso que los madrileños eran como los muchachos, que lloraban cuando les limpiaban la caca»¹⁷.

El testimonio de Mier coincide con el de otros cronistas y viajeros de la época, como, por ejemplo, el del marqués de villa de San Andrés en su *carta*. A pesar de su nombre, se trata de una extensa crónica de 600 páginas centrada en Madrid y en los Sitios Reales, al final del reinado de Felipe V.

Al hablar de la suciedad de Madrid, se refiere al *rocío* que llovía de las ventanas al grito de *¡agua va!*, añadiendo: «Hiede y rehiede que es un juicio; y tan líquida o cuajada se mantiene hasta que los carros la hechan fuera o la deshacen los coches como la parió su madre... Esto es lo que llaman *la marea de Madrid*. Y para gozar de esta función tan olorosa y tan divertible a los sentidos todos, hay mujer que convida a sus amigas y toman chocolate en los balcones»¹⁸.

Algunos viajeros aportan datos semejantes:

«Horrible hedor y fetidos vapores de los montones de basura que yacen por todas partes»¹⁹.

15. *Ibidem*, pp. 162-163.

16. *Ibidem*, p. 166.

17. *Ibidem*, pp. 178-80.

18. Citado por A. Domínguez Ortiz: *Hechos y figuras del siglo XVIII español*, Madrid, Ed. Siglo XXI, 1973, p. 110.

19. Así lo expresa J. Baretti: *A journey from London to Genoa throug England, Portugal, Spain and France*, London, 1770.

El catálogo de monumentos, característico de las crónicas de Mier, es más bien escaso en su reseña de la capital española. Se reduce a nombrar algunos lugares como los Sitios, el Pardo y el Escorial. A este último le dedica mayor atención, aunque no merece sus elogios, sino que sirve como pretexto para desarrollar la crítica:

«los españoles lo ponen por una maravilla, y a mí no me lo pareció sino en un montón de piedras. Lo que hay allí es muchísimas riquezas, porque todo lo amontonó allí con lujo Felipe II, en tiempo que él dominaba media Europa... Un monje jerónimo es el bibliotecario, y con decir jerónimo ya se dice que es un barbaro, porque esta es una Orden de cantores y comedores, y por eso les llaman cebones de Jesucristo... Allí están también los sepulcros de los reyes... a los reyes en muriendo los llevan al pudridero. Allí los ponen bajo un goteadero de agua que va cayendo gota a gota y pudriendo la carne, hasta que quedan los huesos blancos como el papel. Todavía cuando yo estuve, decían que Carlos III estaba en el pudridero»²⁰.

Los viajeros ingleses de esta época coinciden con los juicios de fray Servando. Edward Clarke visitó el Escorial y anota los mismos aspectos:

«Le mostraron el *pudridero* donde yacen los cadáveres reales antes de ser depositados en el panteón»²¹.

Clarke se lamentaba de que la biblioteca escurialense estuviera en manos de monjes jerónimos analfabetos, «tan celosos de estos tesoros como si percibieran su valor»²².

En Mier resuena el eco de estas impresiones, aunque su peculiar agudeza se valga del chiste:

«Hice del bibliotecario el mismo juicio que en un embajador de Francia, a quien habiéndole preguntado el rey qué le parecía su biblioteca, respondió: ``Excelente, pero al bibliotecario le debe hacer V.M. ministro de Hacienda, o tesorero general, porque no toca el depósito que se le confía»²³.

A Lady Holland el Escorial le resultaba, a pesar de sus proporciones gigantescas, «pesado, monótono y de un sombrío indescriptible»²⁴.

Otras noticias curiosas completan la crónica de Mier, como la celebración de la boda de una desigual pareja:

20. Mier, *op. cit.*, p. 169.

21. E. Clarke: *Letters concerning the Spanish Nation*, London, 1763.

22. *Ibidem*.

23. Mier, *op. cit.*, p. 169.

24. *The Spanish Journal of Elizabeth lady Holland*, London, 1910. Las notas son de su estancia en España entre 1802-1804.

«Estando yo allí, casó uno de Palacio, ya hombre mayor, con una muchacha, y vi el esquileo que se usa en España en ese caso, y es que se junta una multitud de gente de humor, y toda la noche tocan esquilas... alrededor de la casa del viejo novio»²⁵.

El suceso que aquí se cuenta era un tema típico del teatro de Moratín, en obras como *El viejo y la niña* o *El sí de las niñas*.

Las corridas de toros son también objeto de la atención del autor, por ello, esgrime el tópico «pan y toros» que resumía la opinión de los ilustrados sobre este espectáculo:

«los madrileños gustan mucho de esta bárbara diversión. El pueblo de Madrid no pide más que pan y toros».

En las impresiones de Mier hay, sin embargo, algunos aspectos positivos, como el elogio de las Academias a los canónigos de San Isidro. Ello es debido al afán informativo que mueve su pluma y, sobre todo, a la perspectiva ilustrada con que se analiza la realidad. El deseo abarcador es, además, otro factor coadyuvante que se expresa de forma directa y explícita:

«He dado, me parece, con esto y con lo demás que conté en el capítulo I, una suficiente idea de la Corte en tiempo de Carlos IV y fines del siglo pasado en que la conocí, cuando estaba en su opulencia»²⁶.

En 1969 el escritor cubano Reinaldo Arenas retoma la vida de fray Servando como tema novelesco, transformando su biografía en *El mundo alucinante*. Mundo de pesadilla, de sueño visionario es el que se ofrece en un discurso literario donde la escritura es el espejo en que se contempla de nuevo el fraile mexicano. Como se ha indicado, «Reinaldo Arenas possiede un 'arma raffinata ed efficace per ridurre il frate a simbolo, l'arma dell'allucinazione a cui ricorre fino alla saturazione producendo cosi uno straordinario effetto»²⁷.

En la novela de Arenas la andanza madrileña del fraile, deviene en visita infernal al modo quevedesco, pues, el novelista, siguiendo los dictados del autobiógrafo, elige como escenario los Sitios Reales, proyectando sobre estos lugares el modelo de *El sueño del infierno*. También aquí la andanza sonada comenzaba en un lugar favorecido por la naturaleza: el vergel es un punto de partida y el sendero se llena de abrojos y de veredas secretas.

El recorrido del fraile comienza en los jardines del rey, donde pude conocer «las tres tierras del amor», llevado por su experto guía —como Dante en su visita

25. Mier, *op. cit.*, p. 170.

26. *Ibidem*, p. 191.

27. A. Riccio: «Il romanzo di fray Servando nello specchio della Storia», en *Storia di una iniquità*, Génova, Ed. Tilgher-Genova, 1981, p. 154.

infernál— busca al rey hasta descubrir, finalmente, en el joven rostro de su acompañante, la máscara del Engaño:

«El muchacho se inclinó... El Rey soy yo, y nada puedo hacer por ti, dijo al fin. Y girando lo vi de frente: era ya un viejo de cara arrugada al que el viento le fue repentinamente tumbando el pelo»²⁸.

Así termina la alegórica búsqueda de fray Servando en demanda de justicia, que al fin consiguió, aunque en forma poética.

GUADALUPE FERNÁNDEZ ARIZA
Universidad de Málaga

28. R. Arenas: *El mundo alucinante*, Barcelona, Ed. Montesinos, 1981, pp. 105-106.